

20 de Octubre 2024 - XXIX Domingo Ordinario (B)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Cuando era niño, mis padres nos cuidaron a mí y a mis hermanos y hermana. Ellos se encargaban de que tuviéramos lo que necesitábamos: ropa limpia, comida para comer, un lugar cálido para dormir y mucho amor.

Otra cosa que hicieron papá y mamá fue esto. Se ocuparon de nuestras relaciones con los adultos. Por ejemplo, cuando estábamos enfermos, llamaban a nuestro médico y concertaban una cita. Cuando necesitábamos zapatos, nos llevaban a la zapatería. Cuando estábamos en la escuela primaria, asistaban a conferencias de padres y maestros (y en mi caso, a algunas conferencias de padres y directores).

Mis padres cerraron la brecha entre el mundo de los adultos y el mundo de los niños. Se ocupaban de cosas que nosotros, los niños, no podíamos ni sabíamos obtener del mundo de los adultos. Eran los intermediarios entre nosotros y el mundo de los adultos.

Ahora menciono esto porque quiero decir algunas cosas sobre nuestra segunda lectura de hoy. Es un breve pasaje de la Carta a los Hebreos, y en este pasaje, se hace referencia a nuestro Señor Jesucristo como nuestro "**Sumo Sacerdote**". El pasaje continúa diciendo que,

"no tenemos un sumo sacerdote que no sea capaz de compadecerse de nuestros sufrimientos, puesto que él mismo ha pasado por las mismas pruebas que nosotros, excepto el pecado".

Entonces, ¿qué significa esto? ¿Qué es precisamente un sumo sacerdote y, de hecho, qué es un sacerdote? En respuesta, un sacerdote es alguien que ofrece sacrificio a Dios en nombre del pueblo.

En respuesta, un sacerdote es alguien que ofrece sacrificio a Dios en nombre del pueblo. En otras palabras, Él es un intermediario. Así como los padres cierran la brecha entre niños y adultos, también los sacerdotes cierran la brecha entre Dios y el hombre. Son intermediarios.

El Libro de Hebreos lo afirma más adelante cuando dice que los sacerdotes son "**tomados de entre los hombres y están puestos en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (Heb 5:1)**".

En el Antiguo Testamento, en el tiempo anterior a Cristo, Dios separó a toda una tribu de entre los israelitas para ofrecer sacrificio por los pecados del pueblo. Estos hombres eran los levitas. Ofrecían continuamente sacrificios en el templo de Jerusalén. Los levitas siguieron las

instrucciones y ritos que Dios había establecido. Cuando realizaban sus deberes sagrados, también vestían ropas o vestimentas especiales como señal de su cargo.

Durante los ritos sagrados, los sacerdotes presentaban a Dios las ofrendas que les traía el pueblo. Estas ofrendas incluían granos que habían cosechado en sus campos y corderos o bueyes tomados de sus rebaños o manadas. Estas ofrendas tenían un nombre especial. Fueron llamados víctimas.

Como Dios es infinitamente santo, las cosas que se le ofrecen, estas víctimas, ya no podrían ser utilizadas por el hombre. Tuvieron que ser retirados del uso habitual. Eso se lograba quemándolos en un fuego sagrado, y esta ofrenda sagrada se llamaba holocausto. Sus llamas, su humo y su olor subieron hasta Dios que habitaba en los cielos. Estas ofrendas simbolizaban el dolor de los israelitas por el pecado y su deseo de reconciliarse con Dios.

Sin embargo, hubo un problema. Los sacrificios ofrecidos por los sacerdotes no podían lograr la salvación del hombre ni su reconciliación con Dios. Las ofrendas eran defectuosas en dos sentidos. En primer lugar, no procedían verdaderamente del hombre y, en segundo lugar, no eran dignos de Dios porque no tenían un valor infinito.

Estos sacrificios no eran dignos de Dios porque los sacerdotes sólo podían ofrecer a Dios lo que Él ya había dado al pueblo. En esencia, sólo estaban devolviendo a Dios lo que Dios les había dado primero. Sería como si me prestaras \$100 y yo solo te devolviera \$10 y luego nos igualaras.

O piénselo de esta manera. Supongamos que alguien te dio un regalo maravilloso, digamos una Dodge Ram nueva con todos los extras, y te volviste hacia esa persona y le dijiste: "¡Guau! ¡Esto es genial! Quiero darte algo a cambio. ¿Qué tal un paseo alrededor de la cuadra?". O supongamos que alguien te regala un hermoso juego de aretes de diamantes y le dices: "¡Qué lindo regalo! Déjame invitarte a una comida feliz en McDonald's".

De manera similar, lo que el hombre ofrecía a Dios era así, sólo que más. Las ofrendas del hombre a Dios no eran ni remotamente equivalentes a lo que Dios le había dado al hombre.

El segundo problema con los sacrificios del templo fue este. Sólo un don digno de un Dios infinito sería suficiente para compensar los pecados del hombre, y el hombre no tenía nada de valor infinito que darle a Dios.

Aun así, incluso con este sacrificio imperfecto, los sacerdotes del templo y el Sumo Sacerdote que supervisaban la adoración de Dios estaban haciendo lo que podían. De hecho, fue Dios mismo quien ordenó a los sacerdotes realizar estos ritos de sacrificio en nombre del pueblo, y todo esto era parte del plan de Dios para preparar el sacrificio perfecto que Jesús ofrecería por nosotros en la cruz. He aquí cómo.

Dios Padre enviaría a Su Hijo para que fuera al mismo tiempo sacerdote y sacrificio, sacerdote y víctima al mismo tiempo. Jesucristo llegaría a ser "un hombre como nosotros en todo menos en el pecado". Se ofrecería a sí mismo en el altar de la cruz a Dios Padre. Él sería el sacrificio que quitaría nuestros pecados y los pecados del mundo entero. Ofrecería el único sacrificio digno de Dios: Él mismo, y su ofrenda tendría un valor infinito.

Los sacrificios del templo se ofrecían sobre un altar. En el sacrificio de Cristo, el altar sería la cruz. En los sacrificios del templo se ofrecían a Dios corderos sin defecto. En el sacrificio de Cristo, Él sería la víctima santa e inmaculada, el cordero sin mancha.

[Por cierto, de ahí surge la oración: "Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros".] Finalmente, en el sacrificio del templo, los sacerdotes ofrecían las víctimas a Dios. En el sacrificio de Cristo, Jesús sería el sacerdote que ofrece el sacrificio. Como dice Hebreos, Él es **"sumo sacerdote, que ha entrado en el cielo"**. En el sacrificio de Cristo, el sacerdote y la víctima son uno y el mismo.

Note aquí que el sacrificio de Cristo tiene un valor infinito, y eso se debe a que Él es Dios. Además, Su sacrificio infinito no está limitado por el tiempo ni el espacio ni ninguna otra consideración humana. En consecuencia, Su sacrificio sólo tuvo que ofrecerse una vez. Eso significa que la ofrenda de Cristo es un sacrificio interminable de alabanza, y nos unimos a este sacrificio cada vez que celebramos el Santo Sacrificio de la Misa.

En virtud del Sacramento del Orden Sagrado, cada sacerdote participa de manera sacramental en el único sacerdocio de Jesucristo. Luego, en obediencia al mandato de nuestro Señor: "Hagan esto en conmemoración Mía", cada sacerdote católico representa este sacrificio de Cristo al Padre en cada Misa.

Además, todos vosotros participáis de este mismo sacrificio cuando unís vuestras oraciones y obras a las de Jesús que se ofrece al Padre. Por eso el sacerdote dice: "Oren hermanos y hermanas para que mi sacrificio **y de ustedes**, sean agradable a Dios..." Cuando estamos en Misa, estamos en el acontecimiento más grande que jamás haya tenido lugar en esta tierra.

Permítanme hacer una última observación. Jesucristo nuestro gran sumo sacerdote se sacrificó por nuestros pecados. Sin embargo, nuestra lectura también dice que es capaz de **"compadecerse de nuestros sufrimientos" y debilidades**. ¿Por qué? Porque Él no sólo es verdadero Dios sino también verdadero hombre. Eso significa que lo que Él ofrece al Padre realmente proviene de nosotros, del género humano.

Como hombre, nuestro Señor experimentó todo lo que nosotros experimentamos. Él sabe por lo que pasamos cada día. Él comprende nuestras pruebas, nuestras dificultades y nuestras debilidades. De hecho, Él nos comprende mejor que nosotros mismos. Él es uno de nosotros, pero al mismo tiempo también es el gran sumo sacerdote. Entonces, Él puede ir al Padre en nuestro nombre.

Jesús es nuestro intermediario. Eso significa que, cuando pecamos, podemos acercarnos **"con plena confianza al trono de la gracia, para recibir misericordia, hallar la gracia y obtener ayuda..."**

¡Qué gran Sumo Sacerdote tenemos! Él es nuestro mediador, nuestro intermediario. Así como los padres son los mediadores entre el mundo de los niños y el mundo de los adultos, así también Jesús es nuestro mediador. Él cierra esa brecha entre nosotros y el Padre.

A diferencia de los israelitas que siempre ofrecían sacrificios con la esperanza de la reconciliación, nosotros tenemos un gran sumo sacerdote que intercede por nosotros ante el trono del Padre. Ofrece un sacrificio nuevo y eterno, un sacrificio de valor infinito y agradable al Padre. Eso significa que Su sacrificio ciertamente nos reconcilia con el Padre.

Por lo tanto, nunca temamos acercarnos a Su **"trono de gracia"** en tiempos de necesidad. En cambio, acudamos a Él con alegría y confianza para recibir misericordia y encontrar gracia y paz. Amén.